

**Nunca tendremos París.** Ruben Buren.

**Nunca tendremos París**  
**(La historia de Eduardo de Guzmán)**

Rubén Buren

**Eduardo:** Debe ser 1965. Podrían ser las dos de la madrugada. Eduardo camina de un lado a otro con unos papeles en la mano, leyendo en voz alta, repitiendo frases como si fuera un actor para ver si funcionan correctamente. Corrige, repite, entona, hasta que el texto queda como realmente quiere. Fuma un cigarrillo y rebusca en el paquete, parece que la noche va a ser larga y la inspiración no termina de venir. No hay musas, solo los ruidos de los coches en la calle Atocha. En la mesa: un cenicero, folios, apuntes, libros, novelas baratas del oeste americano y de gánsteres, lo único que le permiten escribir hasta que todo cambie, hasta que los vencidos sean olvidados, enterrados, cercenados, aplastados con sus moribundos intereses y sus absurdas ideas.

Mañana por la mañana debe entregar "Doble juego con la muerte", una novela del FBI. Las escribe de noche, cuando todos duermen, cuando parece que la vida se pausa y toda esta literatura no le afecta. Si lo hiciera, si pensase en ello, se frustraría, pero su familia puede comer y sabe que hay trabajos peores. Lo sabe bien. Mucho peores. O patios de cárcel donde ir de un lado a otro sin nada que hacer en todo el día. Todavía hay muchos compañeros en la cárcel. Lleva escritas más de 300 novelas de mierda pero su familia puede comer, su familia así puede comer (se lo repite a sí mismo una y otra vez) y la niña puede estudiar, eso es importante, para que pueda volar de aquí: irse a Francia, como quizá tenían que haber hecho Melchor, Gregorio o él y otros tantos compañeros. Por la noche deja de ser Eduardo de Guzmán, afamado periodista y escritor de renombre y se convierte en Edward Goodman, Eddy Thorny, Richard Jackson, Anthony Lancaster o Charles G. Brown. Ellos no han sufrido lo que él ha sufrido, ellos no afirman que los vencedores lo son hasta que los vencidos mueren. Ellos: Jackson, Goodman, Lancaster... son libres y escriben en vigilia. Ellos son libres.

Lee el manuscrito intentando que tenga algo de dramatismo, parece atascado en medio de la historia. Se sienta y observa la máquina con cierto recelo, con impaciencia. Se enciende un cigarrillo y vuelve a sentarse en la máquina de escribir. Piensa en España: aquí si te fugas de la cárcel te dan un paseílo, da igual la limpieza. Bueno... Pone las hojas en la máquina, ajustando los márgenes. ¿Qué hago con Bendix?, si no es más que otro cabroncete corrupto...

*"Hizo una larga y embarazosa pausa. Seguro de que su vida no corría peligro inminente. Nick Bendix hizo esfuerzos por recuperar el dominio de sus nervios. Frank Regan aparecía ante él empuñando una pistola y con una firme resolución en sus grises pupilas.*

*- ¿A qué has venido, Regan?, ¿qué pretendes de mí?*

*- Que me ayude.*

*- ¿Ayudarte? Pues sí que es una bonita manera de pedirme ayuda, entrando aquí violentamente con esa pistola.*

*- No podía hacer otra cosa, amigo. No quería que llamasen a la bofia. Y menos darte la oportunidad de que disparases primero, justo antes de preguntar. No me fio de ti, nadie se fía de ti.*

*- Yo no quiero líos, Regan. Ya sabes lo que les espera a los que se fugan de la cárcel.*

*- Ha sido limpio...*

*- ¿Matar a dos guardias es salir con limpieza?"*

Escribe, de vez en cuando murmura en voz alta, frases, palabras inconexas de las conversaciones que pulsa con sus dedos. Le va entrando sueño, un sueño profundo,

lleva todo el día bregándose en las reuniones del sindicato y apenas ha podido descansar. Poco a poco las palabras suenan como ecos lejanos, su respiración se va haciendo automática...

*(Eduardo se va quedando dormido. Tiene pesadillas, farfulla y dice cosas sin sentido. Se acerca la niña, Carmen con un vaso de agua.)*

**Carmen:** Entra Carmen, la niña, como él la llama siempre, los gritos de Eduardo le han despertado, como casi todas las noches. Ella tiene mucho que estudiar y, a veces, se queda despierta en la habitación leyendo sus libros mientras se relaja con el compás del traqueteo de los caracteres metálicos golpeando sobre el papel. Sabe que nunca se detienen tan temprano. *(A Eduardo, acariciándole.)* Eduardo, Eduardo... Carmen se acerca con mucho cuidado, hay que despertarle despacio, para que el sueño se quede en los sueños.

**Eduardo:** ¿Qué?...

**Carmen:** Eduardo está desconcertado, siempre le pasa cuando vuelve del pasado. Se frota los ojos por debajo de las gafas intentando que la realidad vuelva.

**Eduardo:** Me he dormido... ¿no duermes?

**Carmen:** *(Le ofrece el vaso de agua y Eduardo bebe y deja sus gafas sobre la mesa.)* Tengo que estudiar, han mandado unos trabajos nuevos y no me da tiempo a todo.

**Eduardo:** Como siempre.

**Carmen:** Mira quién fue a hablar.

**Eduardo:** Tienes razón.

**Carmen:** ¿Has acabado?

**Eduardo:** Qué va, ojalá, me quedan unas cuarenta hojas o por ahí...

**Carmen:** Carmen se acerca a la ventana. Parece que hay coches de policía circulando a toda prisa, la noche está agitada. Sabe que a Eduardo no le gusta que pasen coches de policía. Las sirenas le ponen nervioso, aunque le ponen más nervioso los coches de la secreta y esos no llevan sirenas. No avisan. Entran en las casas cuando les viene en gana y revuelven todo sin mucho miramiento.

**Eduardo:** Ya están esos cabrones.

**Carmen:** Van hacia Benavente. Estabas diciendo "Mataos antes de subir ahí, mataos".

**Eduardo:** Nada, sería una pesadilla.

**Carmen:** Ya.

**Eduardo:** Nunca me acuerdo de las pesadillas.

**Carmen:** Ya.

**Eduardo:** ¿No duermes?

**Carmen:** Sí, ahora, ¿quieres que haga un café?

**Eduardo:** ¿Para dormir? (*Sonríe.*)

**Carmen:** Para que acabes con Nick Bendix.

**Eduardo:** ¿Me has oído?

**Carmen:** Sí, hoy es de esos días que me debería haber comprado tapones. No sé como mamá puede dormir con el *tikitaka* de la máquina.

**Eduardo:** Ella dormía hasta con los bombardeos de la guerra. A todo se acostumbra uno, ¿no?

**Carmen:** Imagino... (*Se levanta para ir a su habitación.*) Carmen se va a ir, pero hay un impulso que lleva varios meses conteniendo y hoy quiere salir. Se da la vuelta,

duda un par de veces, pero se atreve: ¿por qué dices siempre que a ti no te afecta lo de la cárcel? Si no te afectara no tendrías esas pesadillas.

**Eduardo:** Eduardo hace que no la escucha y sigue escribiendo. Murmurando las frases que escribe.

**Carmen:** Sé que me has oído.

**Eduardo:** Sí, te he oído. Pero ya sabes que las cosas de la cárcel no me afectaron, nunca me afectaron.

**Carmen:** Pues hay quien dice que si las cosas no se cuentan... quedan por ahí, se agarran al estómago. No sé, ¿quieres que todo eso que pasasteis se olvide?

**Eduardo:** Ya se ha olvidado.

**Carmen:** ¿Quién decía "mataos antes de subir ahí"?

**Eduardo:** ¿Quién?... Uno... ¿Por qué? ¿he dicho eso en sueños?

**Carmen:** Sí, eso y otras cosas. Pero muchas noches repites eso mismo, la misma frase. Es como si luego se abriera una puerta que dirige a la oscuridad o algo así. Empiezas a sudar y a temblar...

**Eduardo:** Eduardo sonrío, más bien intenta sonreír y cambiar de tema. No quiere que la niña, la que siempre será "la niña" para él, la hija de su querida compañera, Carmen, a la que quiere como a su verdadera hija, sepa todas esas cosas. La observa mientras intenta no apartar su mirada del papel en blanco, haciendo que escribe: se está haciendo toda una mujer y quiere saber del pasado (*A Carmen.*) ¿Qué quieres que haga?

**Carmen:** No sé, ¿yo? ¿qué quieres que te diga yo?. Mamá dice siempre que deberías escribir todas esas historias de la guerra, la verdad, antes de que acabéis chocheando los dos, que Franco nunca va a morir y que nos va a enterrar a todos.

**Eduardo;** (*Ríe.*) En eso tiene razón, este cabrón nos va a enterrar a todos. Aun le quedan pilas para rato, con tanto yate y tanta...

**Carmen:** ¿Por qué no te fuiste a Francia? ¿Cuando acabó la guerra? Nunca me contáis nada. Cuando os reunís los del sindicato y paso yo por el pasillo os calláis como si fuera idiota.

**Eduardo:** Cuanto menos sepas menos podrás contar.

**Carmen:** ¿Dónde? ¿En gobernación? A mí no me van a llevar a gobernación.

**Eduardo:** Quizá. Te aseguro que ahí saben sacarte la información, saben cómo hacerlo. ¿Por qué no me fui a Francia? ¿de verdad quieres que te cuente toda esa miseria? No es mejor que me ponga una gabardina y un sombrero, fume Lucky sin filtro e imite a Humphrey Bogart: "Hola, soy Edward Goodman, detective privado, para servirle a usted, a la patria y al rey. Escribo cualquier historia en una sola noche, eso sí, no me pida calidad, ni opinión política".

**Carmen:** ¿Es verdad que no te dejan escribir?

**Eduardo:** No, no me dejan.

**Carmen:** Vaya... Cuando era pequeña pensaba que te gustaba escribir esas novelas.

**Eduardo:** Sí, lo que me gusta es ver cómo te has convertido en una mujer. Como podemos pagar la casa y tener algo de calefacción. Eso sí me gusta.

**Carmen:** Mataos antes de subir ahí... ¿Eso fue durante la guerra?

**Eduardo:** No, durante la guerra yo tuve suerte. En Madrid tuvimos suerte. Hambre, bombas, muertos, escasez de todo... Escribir estas novelas es parecido a ser periodista en el bando de los buenos: mentiras, a partir del 37 lo único que contábamos eran las continuas derrotas y había que maquillar las noticias como si fuera una novela

del oeste. Por eso me salen tan fluidas... Pero seguíamos teniendo dignidad. Antes. Fue después, cuando perdimos todo... En los Almendros y luego en el campo de Albaterra.

*(Eduardo se levanta y se coloca una gabardina negra y coge una pistola y hace de Fascista arengando a los presos.)*

**Carmen:** Carmen se pone en pie, sujetando la taza de té que ha preparado. Intentando permanecer firme, como uno de los presos del Campo.

**Eduardo:** ¡Qué esperabais, rojillos! ¿Que el Mid Atlantic, se detuviera a sacar a las ratas de Alicante?. Ningún país quiere ratas. Toda Europa es fascista y así se va a quedar. Menos mal que algunas de esas ratas se han ido suicidando en el puerto, trabajo de limpieza que nos habéis ahorrado. Aquí vais a morir todos. Todos. Todavía estáis a tiempo *(Ofrece su pistola.)* Tened huevos, joder. Pegaros un tiro y así no veréis lo que vamos a hacer con vosotros. Venga. ¿Quién es un hombre?... *(Eduardo vuelve a ser Eduardo.)* Tú no puedes decir nada, Carmen, los presos no podemos ni mirarles a los ojos. Si lo haces vienen tres o cuatro y te dan una paliza hasta que vomitas sangre.

**Carmen:** Mamá me contó que estuviste en un campo de concentración, que os llevaron cuando acabó la guerra.

**Eduardo:** La guerra acabó mucho antes de que se rindiera el ejército. Los comunistas habían acabado con lo poco que quedaba de República muchos meses antes. Los ingleses, los franceses, los americanos, los nazis y los italianos habían hecho el resto. Como las ratas en un naufragio intentamos salir por Alicante. Un matadero. Los aviones nos ametrallaban como si fuéramos ganado, quietos, sin poder movernos del puerto. Miles de personas encerradas, esperando a las tropas italianas del general Gambaro, que había prometido dejarnos salir. Allí murió la esperanza. Cuando entraban

los italianos, dos de mis compañeros levantaron la mano izquierda y se dispararon en la cabeza gritando la última soflama contra el fascismo. Yo prefería entregarme, seguir vivo era entonces la mayor lucha contra el fascismo. Yo lo único que quería era salvar de mi maleta un par de novelas, artículos que tenía por publicar y una obra de teatro que nunca se estrenaría. Idiota. Todavía me preocupaba por esas cosas.

**Carmen:** ¿Se perdieron?

**Eduardo:** Claro, ni recuerdo dónde terminó esa maleta. Al salir de Albaterra me la quitaron. Una pena.

**Carmen:** ¿Teatro? ¿Escribías teatro?

**Eduardo:** Claro, una obra donde se contaba todo lo que habíamos pasado en Madrid en los primeros meses del 39, hasta la derrota completa. Decidí entregarme. Salimos del puerto en dos largas filas mientras los habitantes de Alicante, que se habían apresurado a cambiar de chaqueta para evitar las depuraciones, nos gritaban: “¡Ahí vienen los rusos!”; mientras los niños que antes llevaban las gorras de la CNT nos tiraban piedras con odio... Eduardo vuelve a ser el falangista que se acercaba con la lista todas las mañanas, la Condena a muerte la llamaban los presos. *(Como el falangista.)* ¿Tenéis sed? ¿No os basta la lluvia?. Habéis comido cuatro veces en una semana, ¿qué queréis?. Decidle a hijo de puta de Stalin que os dé caviar. ¿No os gustan las sardinas?. Comeos esos malditos piojos, no soporto ver cómo me suben por los zapatos. Cabrones. Sánchez, Amor; Salazar, Liberto; San Eustaquio, Eulogio; Porrás, Marcelino... Tenéis una visitilla de vuestro vecino, que os quieres llevar a hacer turismo. ¡Venga, marchando, que no tengo todo el día!

*(Eduardo se quita el traje y lo cuelga en el perchero.)*